
Hernán Cortés en México: una polémica circular

Tomás Pérez Vejo

En el otoño de 1894 el periodista, historiador y político mexicano Francisco G. Cosmes escribe en el periódico *El Partido Liberal* una serie de artículos reivindicando el papel de la herencia española en la configuración de México. En el publicado el 15 de septiembre, día de una fiesta nacional que por esas fechas conservaba todavía un fuerte componente hispanóphobo (gritos de mueran los gachupines, ataques a españoles, etc.), concluía que Cortés era el verdadero «padre de la presente nacionalidad mexicana». Afirmación rebatida de inmediato por el resto de la prensa liberal, en especial por *El Hijo del Ahuizote*, publicación satírica de marcado carácter antigachupín, que en los días siguientes dedicará varias caricaturas a combatir la «extravagante» afirmación de Cosmes, a quien de manera subliminal acusa de ser español y no mexicano, la habitual descalificación de los liberales contra los conservadores a lo largo de todo el siglo XIX. Acusación más que subliminal en el caso de la que con el título de «En familia,

Cortés y sus descendientes» representa al conquistador llevando en la mano un pergamino, en el que se lee «CORTÉS PADRE DE LA NACIONALIDAD MEXICANA, F.G.C.», dándole dinero a Cosmes y diciéndole «¡Toma muchacho! ¡Solo Alamán lo hubiera hecho mejor que tú!» (el historiador y político conservador Lucas Alamán fue el principal representante de la corriente más hispanófila de la historiografía mexicana decimonónica).

Poco más de un siglo después, el antropólogo e historiador francés Christian Duverger origina una polémica parecida atribuyéndole al conquistador, no la evanescente condición de padre de la nacionalidad mexicana, sino la mucho más concreta de autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Un asunto, el de la autoría de un libro escrito en el siglo XVI, apasionante para eruditos e historiadores pero, en principio, bastante menos para el público en general, ni siquiera si lo limitamos a sus sectores más cultos. Tampoco estamos hablando de cuestionar quién fue el autor de una de las obras cumbres de la literatura universal sino de un texto hasta cierto punto menor, por mucho que Duverger se empeñe en situarla en algún lugar entre *El Cid* y *Don Quijote*.

Paradójicamente, sin embargo, el libro de Duverger ha tenido en México un eco limitado en los círculos académicos, que en general han rechazado sus hipótesis, en algunos casos de manera bastante abrupta, como el contundente «El libro de Duverger no presenta testimonio alguno que pruebe lo que en él se afirma. Más que crónica de la eternidad se trata de fantasía de la temeridad» con que despachó el asunto el influyente León Portilla; en otros, a partir de a priori ideológicos que poco o nada tienen que ver con lo planteado en el libro, si es que tienen algo, caso de un Coloquio convocado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con el objetivo, palabras de uno de sus organizadores, Guy Rozat, de discutir «las tesis revisionistas de Duverger... quien pretende

renovar el conocimiento sobre la conquista de México pero de hecho solo nos regresa a la historiografía decimonónica colonialista». No se entiende muy bien la relación entre dilucidar la autoría de un libro escrito a mediados del siglo XVI y el colonialismo decimonónico, aunque hay que precisar que objetivo del coloquio será el conjunto de la obra de Duverger sobre la conquista, no solo *Crónica de la eternidad* sino también *La conversión de los indios de la Nueva España*, *El mestizaje* y *Cortés*. No parece arriesgado aventurar, en todo caso, que a partir de estos presupuestos las conclusiones no van a ser muy favorables a las propuestas del historiador francés.

El eco de *Crónica de la eternidad*, por el contrario, ha sido más que notable entre lo que podríamos denominar el público culto, desde luego bastante mayor que el de la mayoría de los libros de historia que, en México como en el resto del mundo, tienden a pasar cada vez más desapercibidos. A las habituales noticias sobre su publicación en los principales periódicos de la ciudad de México (*El Universal*, *El Economista*, *La Jornada*, *Milenio*, *Reforma*, etc.), parte de la campaña de lanzamiento editorial, hay que añadir algunas columnas de opinión en estos mismos periódicos y, sobre todo, el que dos de las principales revistas culturales del país, *Letras Libres* y *Nexos*, se hayan ocupado del libro con una amplitud nada habitual para este tipo de ensayos.

La primera le dedicó un pequeño dossier, con un artículo de Rodrigo Martínez Baracs, matizadamente favorable a algunas de las tesis de Duverger, al menos como hipótesis, y otro de Hugh Thomas, más que matizadamente en contra; la segunda hasta un total de diecisiete artículos, muchos en contra (Antonio García de León, Pablo Escalante Gonzalbo, José Joaquín Blanco, Camila Townsend, David Huerta, León Portilla, María del Carmen Martínez Martínez,...) pero también algunos a favor (Jean-Paul Duviols, Alejandra Moreno Toscano, Marco Zuccato, Bartolomé Benassar, María Teresa García,...), además de una larga entrevista

en la que el autor tuvo la oportunidad de exponer y explicar sus propios puntos de vista. Y esto no se puede atribuir ya a las estrategias de venta de la editorial ni tampoco a que el público mexicano sea particularmente sensible a los problemas de erudición histórica y/o literaria sino a algo que va más allá.

Ese algo «que más allá» es lo que me propongo dilucidar en las páginas que siguen. No la verdadera autoría de la que suponemos verdadera historia de la conquista de la Nueva España, problema para el que sin duda hay personas mucho más autorizadas que yo, sino la verdadera causa de por qué un asunto de erudición histórica se convierte en motivo de debate público cuatrocientos años después. Esto no significa, por supuesto, que tanto los autores que escribieron en estas dos revistas como los que se ocuparon de la supuesta autoría de Cortés en columnas de opinión de otros medios no estén genuinamente preocupados por saber quién fue el autor de un texto que, desde una perspectiva mexicana, tiene un cierto carácter fundacional y, por lo tanto, una importancia mayor que para el resto de los hispanohablantes, al margen de cuál sea su calidad literaria y su importancia histórica real. Pero es obvio que la atención que se le dedicó no se debe solo ni principalmente a un prurito de erudición histórica o literaria. No son pocos los que comienzan afirmando que «todavía no he leído el libro», lo que no parece un buen inicio para un debate que se supone es sobre las hipótesis planteadas en él; tampoco los que en lugar de limitarse a un aséptico y neutral posicionamiento frente a las afirmaciones de Duverger parecen sentirse directamente implicados respondiendo con artículos cargados de pasión y de emotividad. Es obvio que sobre lo que están discutiendo no es sobre la autoría de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, tema sin duda apasionante, aunque no sé si tanto, sino sobre otra cosa.

Cortés y el relato de nación mexicano

Esa otra cosa no tiene que ver con Bernal Díaz del Castillo ni con Hernán Cortés. Tiene que ver con el relato de nación mexicano y con el lugar que la conquista tiene en él. No con la historia sino con la memoria sobre el pasado, dos cosas que se parecen mucho pero que no son lo mismo. La existencia de México como nación, igual que la del resto de las naciones del mundo, descansa en la fe en un relato. Un mito de origen que nos dice quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Son lo que algunos historiadores han llamado los grandes relatos, no los pequeños detalles de erudición histórica sobre un hecho sino la gran narración capaz de unir el pasado con el presente ofreciendo un marco interpretativo global.

La peculiaridad del caso mexicano estriba en que ya desde el mismo momento de la independencia hubo dos proyectos contrapuestos y alternativos de nación, cada uno con su propio relato sobre el pasado y, como consecuencia, sobre lo que la nación «realmente» era y a lo que debía de ser fiel. Uno, el que podríamos llamar conservador, aunque la línea de demarcación no sea estrictamente ideológica, conflictos identitarios e ideológicos tienden a solaparse pero responden a problemas distintos por lo que no siempre coinciden, que a la pregunta identitaria de qué somos, responde: hijos de los españoles y de la cultura española; otro, al que también de manera no muy precisa podríamos denominar liberal, que a la misma pregunta responde: hijos del mundo indígena y de las culturas prehipánicas.

En el relato de nación conservador, México nace con la conquista, crece con la colonia y, consecuencia del progreso y desarrollo de esta, llega a la edad adulta con la independencia. En el liberal, la nación mexicana, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, llega a su esplendor con las grandes civilizaciones

mesoamericanas, particularmente la azteca, muere con la conquista, sobrevive bajo el triste y largo paréntesis de sometimiento a un poder extraño que habrían sido los tres siglos de dominio colonial y resucita con la independencia. Dos relatos de nación antitéticos, cuya mejor expresión son las metáforas de uno y otro para explicar el proceso de independencia, las metáforas sirven tanto para explicar la realidad como para comprenderla, la favorita del proyecto de nación conservador es la del hijo que llegado a la edad adulta se emancipa y abandona la casa paterna para seguir su propia vida; la del liberal, un ciclo de nacimiento, muerte y resurrección. La incompatibilidad entre una y otra es absoluta, para la primera, la nueva nación, que se imagina hija y continuadora del mundo nacido con la conquista, tiene en el mundo virreinal y en la herencia española una de sus señas de identidad básica; para la segunda, que se imagina hija y continuadora del mundo prehispánico, los tres siglos de sometimiento colonial y la herencia española son solo una adherencia ajena y extraña de la que la nación debería liberarse para ser ella misma, la desespañolización como programa político.

Ambos proyectos llegarán a estar tan claramente definidos que cada uno de ellos tendrá su propia celebración del día de la independencia, para los conservadores el 27 de septiembre, entrada del ejército Trigarante en la ciudad de México, para los liberales el 16 de septiembre, fecha del grito de Dolores; su propio padre de la patria, Iturbide para los conservadores, Hidalgo para los liberales; y hasta su propia forma de escribir el nombre de la nueva nación, Méjico los primeros, México los segundos, y no se trata, por supuesto de un debate lingüístico sino de otro con una fuerte carga política.

En este enfrentamiento entre dos proyectos de nación, como en todos los conflictos identitarios, la historia, o mejor la apropiación de la historia como parte de la memoria colectiva, y el juicio mo-

ral sobre ella tuvieron un papel central, en particular la que tenía que ver con la conquista. Para los conservadores, que se asumían como herederos de los conquistadores, «somos los retoños de la raza conquistadora» podrá afirmar con absoluta naturalidad uno de sus periódicos todavía entrada la segunda mitad del siglo XIX, la conquista marcaba el nacimiento de la nacionalidad mexicana; para los liberales, que se asumían como descendientes morales de los conquistados, justo lo contrario, el momento de su muerte.

No menos dispar era el juicio moral sobre ella. Los liberales, que partían de la idea de España y lo español como algo ajeno a México, la reducían a bandas de aventureros abatiéndose como una plaga sobre el pacífico reino de Moctezuma. El resultado, la trilogía básica del imaginario del relato de nación liberal sobre la conquista y los conquistadores: explotación económica, explotación sexual y violencia sanguinaria. Los conservadores, que partían de una imagen de España como parte intrínseca del ser nacional mexicano, la conquista marcaba el nacimiento de México como nación, el molde en el que había forjado lo mejor de sí misma. La trilogía explotación económica, explotación sexual y violencia daba paso a otra definida por orden, progreso y religión.

Ambos imaginarios cristalizaron desde muy pronto en torno a la figura de Cortés. Aunque todavía en la generación que hizo la independencia parece imponerse una especie de solidaridad criolla que hace que su figura sea elogiada, obviamente, por un conservador como Alamán pero también por un liberal como José María Luis Mora, y hasta por el siempre impredecible Carlos María de Bustamente, en las generaciones posteriores la escisión es clara. Mientras en el caso de los conservadores la imagen de Cortés siguió siendo básicamente positiva, el héroe que había conquistado un imperio y fundado una nación; en el de los liberales, a partir aproximadamente de la segunda generación liberal, la de los liberales puros, con Ignacio Ramírez a la cabeza, se convierte en un

bandido sin moral y carente de toda grandeza heroica, la encarnación de todos los vicios y males de la conquista.

El enfrentamiento entre estos dos proyectos de nación fue virulento durante toda la primera mitad del siglo XIX, a veces entremezclado con otros conflictos de tipo ideológico, económico o racial, pero siempre presente. Concluyó entrada la segunda mitad del siglo XIX con la derrota de Maximiliano y el triunfo definitivo del proyecto de nación liberal. Definitivo, habría que precisar, con matices, ya que a pesar de que con la República Restaurada y el Porfiriato el gran relato de nación mexicano como un ciclo de nacimiento (época prehispánica), muerte (conquista) y resurrección (independencia) se convierte en claramente hegemónico, el relato conservador no solo no desaparece sino que sigue de alguna manera vigente. Prueba de ello es que *México a través de los siglos*, la gran obra historiográfica del México decimonónico, en realidad de la generación que funda el Estado liberal mexicano después de la derrota de los conservadores, dedique un amplio espacio a la conquista y el periodo virreinal, apostando por una especie de relato de consenso: ni indios ni españoles sino la mezcla de dos pueblos, dos razas y dos civilizaciones.

Un proceso culminado con las conmemoraciones del Centenario en las que, paradójicamente, pareció celebrarse más la reconciliación con la madre patria que la ruptura con ella y en las que, como consecuencia, se escenificó un relato de nación que si no era exactamente el conservador se le parecía bastante. Es el caso de la gran cabalgata histórica que recorrió las calles de la ciudad de México con motivo de las celebraciones del Centenario. Abrían el desfile Moctezuma y Hernán Cortés, con sus respectivos séquitos, que terminaban su recorrido escenificando frente al antiguo palacio de los virreyes el encuentro de 1519, explícita afirmación de que el origen de México estaba en la conquista y su fusión de dos pueblos, no en el mundo prehispánico como tradicionalmente ha-

bía afirmado el relato de nación liberal. Seguía una representación de la sociedad virreinal con toda la complejidad de sus órdenes y estamentos, 288 figurantes que escenificaron el paseo del Pendón, la principal fiesta cívica de la época virreinal y conmemoración nada menos que de la conquista de la ciudad por Cortés, una no menos explícita proclamación de que la época virreinal formaba parte de pleno derecho de la historia de la nación, otra de las reivindicaciones tradicionales del relato de nación conservador. Es decir, la historia escenificada con motivo de la celebración de los cien primeros años de vida independiente se correspondió mucho más con el relato conservador que con el liberal.

La Revolución, sin embargo, con un claro componente hispanóphobo y antigachupín, volvió a exacerbar los rasgos más negativos de la conquista del relato de nación liberal. El éxito del mito del mestizaje como centro del relato de nación revolucionario y postrevolucionario no debe de hacer olvidar que se trata de un mito ambiguo, con un claro sesgo antiespañol y una visión extremadamente negativa de la conquista. Un relato al que los muralistas dotarán de tremebundas imágenes pero que en el fondo añaden poco a la trilogía básica de explotación económica, explotación sexual y violencia sanguinaria del relato de nación liberal. Este será el relato postrevolucionario difundido por el PRI durante todo lo que quedaba del siglo XX, con Cortés convertido de manera definitiva en el asesino de la nación mexicana en el escenario dantesco de una orgía de sangre y destrucción. Los conquistadores deformes y sanguinarios, enfermos de lujuria y avaricia, de esa colección de estampas de Epinal que son los murales de Rivera en el Palacio Nacional de la Ciudad de México.

Conclusión: el pecado de Duverger

El pecado de Duverger no ha sido aventurar hipótesis arriesgadas y difíciles de demostrar; tampoco su poco cuidado en el manejo de la información, por lo demás una constante en su obra que ya hizo que su mucho más ambiciosa biografía de Cortés, publicada en 2005, fuese displicentemente acogida por la crítica académica, caso de Bernard Grumberg, quien después de enumerar una larga lista de errores, la mayoría posteriormente corregidos por el autor en una nueva edición, no tuvo ningún empacho en afirmar que lo mejor que se podía hacer era «olvidar rápidamente este libro»; y ni siquiera su relativa mala fama entre los historiadores mexicanos. Una mala fama a la que han contribuido un cierto diletantismo intelectual, con continuos devaneos entre la antropología, la arqueología y la historia con estudios que van desde la economía de los sacrificios humanos entre los aztecas a quién es el autor de un libro sobre la conquista; una cierta tendencia a ignorar lo que otros han escrito e investigado, que le lleva a errores no relevantes pero sí muy visibles y fáciles de refutar, con un pésimo efecto sobre la credibilidad general; la declarada voluntad de fabulación histórica; y la no declarada pero no por ello menos visible búsqueda del éxito comercial.

Acusaciones todas las anteriores más que justificadas en el caso de *Crónica de la eternidad* que, escrita como si de una novela policíaca se tratase, elucubra más de lo razonable y tuvo lanzamiento editorial más propio de una colección de novelas de misterio que de una obra de investigación histórica. Aunque también cabrían algunas matizaciones, su diletantismo resulta más que relativo en el caso de un libro que se incluye en un proyecto de mucho más largo aliento sobre el sentido y significado de la conquista, que contiene al menos otros tres más, *La conversión de los indios de la Nueva España*, *El mestizaje* y *Cortés*; el hecho de que quiera vender sus libros, no creo

que sea una acusación a la que haya que dedicar mucho espacio, parece bastante más razonable que el espíritu mortuorio de la mayoría de las editoriales universitarias empeñadas en ocultar lo que publican para que nadie caiga en la tentación de leerlo; y, sobre todo, la doble hipótesis de la no autoría de Bernal y la sí autoría de Cortés, errada o no, está argumentada a partir de datos sobre los que se puede y debe discutir, no sobre simples elucubraciones, o en todo caso no solo.

Su pecado, en realidad, ha sido querer «convencernos de que su autor [el de la *Historia verdadera*] fue ni más ni menos que un Hernán Cortés genial, cultísimo, sano y divino», palabras de uno de los colaboradores de *La Jornada*, quizás el periódico mexicano que mejor representa en estos momentos todos los tópicos del relato de nación postrevolucionario, como ya se ha dicho heredero directo del liberal decimonónico. El problema de la historiografía mexicana sobre la conquista no es, como afirma Guy Rozat, la vuelta «a la historiografía decimonónica» sino que nunca ha salido de ahí. Y nunca ha salido porque el relato de nación en el que se inserta y le da sentido sigue siendo el de la conquista como la muerte de México.

El pecado de Duverger no ha sido regresar «a la historiografía decimonónica colonialista» sino justo lo contrario, querer romper con el relato decimonónico. En este relato Cortés debe de seguir siendo, también en palabras de *La Jornada*, en este caso de uno de sus lectores, «un conquistador cruel y sanguinario». Y no se trata de una anacrónico juicio al conquistador, a estas alturas cualquier aprendiz de historiador sabe, o debiera saber, que afirmar que Cortés fue el verdugo de la nación mexicana tiene el mismo sentido, es decir ninguno, que afirmar, como hizo un crítico a propósito de la biografía cortesiana de Duverger, que el conquistador castellano tenía «características culturales e intelectuales que de alguna manera ya lo hacen mexicano». La insoportable jaula de la melancolía de la identidad y sus podridos frutos intelectuales.

Lo sorprendente, y de ahí el título de polémica circular de este artículo, es que lo mismo que ocurrió en 1894, tras varias décadas de hegemonía del relato de nación liberal, en 2013, tras más de medio siglo de hegemonía del relato de nación postrevolucionario, el liberal decimonónico más unas cuantas gotas de antiimperialismo e indigenismo para darle color de época, el relato de nación conservador siga perviviendo en el imaginario mexicano. Si para el lector de *La Jornada* el cruel y sanguinario Cortés no podía ser el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* para uno de *Milenio*, periódico situado en las antípodas ideológicas del anterior, «para escribir esta obra maestra se necesitaba alguien grandioso y ese personaje para mí puede ser el propio Hernán Cortés, el creador de nuestra patria». No es solo que un siglo después de Cosmes se siga discutiendo sobre si Cortés es o no el padre de la nación mexicana sino que se sigue haciendo con los mismos argumentos y a partir de los mismos imaginarios creados o, valga la redundancia, imaginados en la primera mitad del siglo XIX. En realidad ya en el mismo momento de la independencia, cuando a la afirmación del Plan de Iguala, con el que se inicia la independencia, de que «Trescientos años hace, la América Septentrional, de estar bajo la tutela de la nación más católica, heroica y magnánima. La España la educó y la engrandeció formando sus ciudades opulentas» el Acta de independencia, de apenas siete meses más tarde, responde que «La Nación Mexicana, que por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en la que ha vivido»

El problema para el imaginario mexicano sigue siendo Cortés y la herencia colonial. No quién fue el autor de la *Historia verdadera*. En palabras de un lector de *Nexos*, «esto es definitivamente atroz, centrar una discusión y parafrasearía entorno aun trabajo, sobre la supuesta autoría de un libro que jamás y hasta la fecha es parte de nuestra conciencia como mexicanos, sino que representa

a la cultura criolla» [los errores sintácticos y de ortografía son los originales del texto]. Una cultura criolla que, por supuesto, se entiende como no mexicana, ajena al ser de la nación. «Nuestra conciencia como mexicanos» es obviamente la de origen indígena, no la blanca o criolla. Un término este último que significativamente tiende a desaparecer del lenguaje mexicano.

Y no se trata solo de lectores de periódico. El conocido escritor y ensayista José Joaquín Blanco afirmará, en uno de los artículos aparecido en *Nexos* a propósito de la publicación de *Crónica de la eternidad*, que el problema es «la declarada idolatría del estudioso por el gran capitán y un fulminante desprecio por el resto de los españoles. Los indios casi no cuentan». Para él Cortés «sería el único lindo, el único letrado, el único valiente, el único enamorado, el único amigo, el único pensante y ¡hasta el único que sabía apreciar a las mujeres, a los guerreros y hasta los contrastados paisajes de México! [...]. El único Pedro Infante». El problema no es si la hipótesis de la autoría o no de Cortés está suficientemente documentada sino si al conquistador se le puede y debe de reconocer algún mérito, aunque este sea el relativamente menor de autor de una obra histórica con un cierto valor literario.

La idolatría de Duverger hacia Cortés es indiscutible. Ya en su biografía del conquistador de 2005 nos había presentado un Cortés impregnado de cultura renacentista, una especie de encarnación del príncipe de Maquiavelo, pero sobre todo a alguien fascinado por las culturas mesoamericanas y su civilización, cuyo proyecto político habría sido la fundación de una sociedad mestiza. Nada demasiado diferente, por cierto, a lo que Cosmes había afirmado un siglo antes sobre la condición de padre de la nación de Cortés. ¿Es esta idolatría suficiente para descalificar el libro de Duverger? No en un debate académico en el que lo importante fuese la fiabilidad de los datos. Pero sobre lo que se está discutiendo no es sobre si Cortés fue el autor o no de la *Historia verdadera* sino sobre

si Cortés es «el único Pedro Infante». Y aquí no importan los datos, lo que importa es el sentido del relato. Sí aceptamos que en el origen de México no solo está Cuauhtémoc y las civilizaciones prehispánicas sino también Cortés y la herencia castellana ¿qué hacemos con el cruel y sifilítico conquistador de los muralistas mexicanos, con el aventurero bárbaro y brutal, cegado por el deseo de oro, capaz de exterminar a todo un pueblo, con el genocida a cuyo lado hasta el propio Hitler palidece?

No se equivoca el historiador francés cuando afirma que sigue siendo un problema escribir sobre Cortés en México, aunque sorprende su afirmación, a propósito de la polémica desatada en la revista *Nexas*, de que «causa sorpresa al encontrar tan vivo, casi dos siglos después, el rechazo visceral de la petición de indulto al Cortés escritor». ¿Tan poco ha reflexionado sobre el fondo del relato de nación mexicano? ¿Se puede escribir historia, y no solo en el caso de México, sin tener en cuenta el fondo último de este relato que vertebra las creencias más íntimas de una sociedad?

Se equivoca, sin embargo, cuando añade que también en España, y el dispar eco de su libro a uno y otro lado del Atlántico probaría de manera más que contundente mi afirmación. Cabría incluso preguntarse si es que a alguien en España, más allá de los círculos académicos especializados, le importa saber quién fue el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Cortés o Bernal Díaz del Castillo. Incluso, yendo más lejos, quiénes fueron Cortés o Bernal Díaz del Castillo. La respuesta a esta disimetría está en la importancia que estos personajes tienen en uno y otro relato de nación, central en el mexicano e irrelevante en el español.

T. P. V.